



Neoliberalismo y resistencia: la solidaridad como estrategia necesaria

Jean-Pierre Deslauriers*
Eduardo López Estrada**

Resumen

En este trabajo se analizan las tendencias recientes de la globalización y el neoliberalismo, insistiendo en sus nuevas manifestaciones y efectos. Se destaca la diversidad de orientaciones y las secuelas múltiples de su aplicación. Asimismo, se enfatiza que a pesar de ser un proceso histórico con gran poderío, hay una resistencia que se organiza para reducir su impacto; es en este contexto que, como disciplina, el trabajo social juega un papel importante para contribuir a la creación de una solidaridad basada en el lazo social.

Abstract

Recent trends of globalization and neoliberalism insisting its new manifestations and effects are analyzed. In this process the diversity of approaches and multiple consequences of their application stand out. Also, it is emphasized that despite being a historical process with great power is a resistance that is organized to reduce their impact; It is in this context that social work as a discipline plays an important role in contributing to the creation of a solidarity-based social bond.

Palabras clave/Key Words: neoliberalismo, trabajo social, trabajo social internacional, solidaridad social/neoliberalism, social work, international social work, social solidarity.

A fines de los años setenta del siglo pasado, la corriente posmodernista propuso que la época de los “metadiscursos” —las macroteorías— estaba superada (Lyotard, J., 1979). De ahí en adelante, sería casi imposible proponer una teoría que pudiera dar un sentido a la historia, no solo porque esas grandes teorías habían fracasado

* Profesor asociado Université du Québec en Outaouais. Correo electrónico: jean-pierre.deslauriers@videotron.ca

** Profesor Universidad Autónoma del Nuevo León (UANL). Correo electrónico: raul.lopez@uanl.edu.mx
ISSN 2007-9265 © 2016 Universidad Autónoma de Nuevo León, The University of Texas Rio Grande Valley.





en el pasado, sino también porque la sociedad contemporánea se encontraba fragmentada. En consecuencia, ninguna teoría o discurso podía pretender o aspirar a la verdad, asumiendo también que el saber científico no tendría ya la misma legitimación de antaño.

Sin embargo, la historia es caprichosa: uno la espera aquí y aparece allá. Al mismo tiempo que Jean-François Lyotard publicaba sus reflexiones sobre el fin de los metarrelatos, una ideología se desarrollaba e iba a influir a las sociedades industriales. Aquella había dominado el fin del siglo XIX pero volvía con una nueva apariencia: el neoliberalismo (Fukuyama, F., 1992). Esta teoría económica y social proponía una utopía del mercado diseñada para la derecha. Según la distinción de Henri Desroches (1990: 8), el neoliberalismo no era una utopía-quimera, una elucubración, una simple obra de la imaginación, sino una utopía-programa, es decir, un programa de acción, una transformación concreta de la sociedad. Acorde a este punto de vista, el neoliberalismo tuvo efectos nefastos para las sociedades.

El abordaje del neoliberalismo es complejo dadas sus múltiples manifestaciones y consecuencias adversas que hoy día ya no es posible negar; de aquí la pertinencia de insistir en considerar que la argumentación de este trabajo no reproduce el viejo discurso globalifóbico, pues nuevas condiciones sociales y evidencias analíticas sugieren que el fenómeno continúa en plena expansión y que sus consecuencias se han ampliado. En este marco vale interrogarse acerca de cuál podría ser la contribución del trabajo social para disminuir la incidencia del neoliberalismo. Dicha cuestión será el hilo conductor que guíe estas páginas, insistiendo en la necesidad de evitar el confort y la indiferencia que sugirió el cineasta quebequense Denys Arcand en otro contexto, durante los años ochenta ¹. No está por demás mencionar que las ideas propuestas puedan constituir un estímulo que incite al debate para profundizar la temática.

Se definirá aquí primeramente la globalización, insistiendo en su carácter de poderosa tendencia mundial que afecta la vida de las sociedades. Es importante acceder a la definición porque a pesar de su uso cotidiano, su denotación no es clara. En un segundo momento, se describirá al neoliberalismo considerado muchas veces como sinónimo de la globalización, a pesar de que no es el caso. En tercer lugar, se analizarán las múltiples secuelas del neoliberalismo en las sociedades donde fue aplicado. "Secuela" es la palabra adecuada porque las consecuencias han sido negativas para la gente. No obstante estas, hay una resistencia que se organiza contra el neoliberalismo y es suficientemente fuerte para demostrar que es posible reducir su propagación. En la parte final se abordará el rol que puede

¹ *El confort y la indiferencia* es el título de uno de sus filmes, donde se describe el comportamiento de muchos grupos sociales quebequenses en relación con algunos hechos sociales.



desempeñar el trabajo social en la reconstrucción del lazo social a través de la solidaridad.

La globalización

El concepto de la globalización es reciente. Esta palabra fue incluida en el diccionario a principio de los años sesenta del pasado siglo (Schreiter, 1997: 5, citado en Scholte, J., 2008: 1472). Sin embargo, el concepto apareció más tarde en las ciencias sociales. Sin duda, es imposible señalar quién fue el primer autor que escribió acerca de este fenómeno. Desde una visión sociológica, Marshall McLuhan escribió libros en donde abordaba el concepto de 'la aldea global' a fines de los sesenta y Roland Robertson publicó artículos sobre el tema en los años ochenta; paralelamente, Theodore Levitt (1983) abordó el tema desde la perspectiva de un economista. Después, en 1992, Robertson sistematizó sus publicaciones en un libro. A partir de los noventa, la globalización fue el tema de muchas publicaciones, revistas, centros de investigaciones, programas y de asociaciones científicas (Scholte, J., 2008: 1473). La popularidad de este concepto significa que la globalización desempeña un gran papel no solamente en la ciencia, sino también en la vida de las naciones, las sociedades y los ciudadanos. No es una extensión de tendencias pretéritas que reaparecen bajo otra luz: se está de acuerdo en que no es una palabra que sirve para aplicársela a todo, sino un fenómeno importante e ineludible. Por supuesto, según las diversas concepciones autorales, hay una gran variedad de definiciones de la globalización.

La globalización es un tipo radicalmente nuevo de economía que presenta características inéditas. La comunicación informática entre las empresas, los ciudadanos, los empleos, es instantánea: significa que cualquier persona puede comunicarse con otra en todo el planeta si las dos partes hablan la misma lengua. La distancia y el territorio no importan: la comunicación informática remodela el espacio (Scholte, J., 2008: 1481). Además, la comunicación es simultánea, en directo y en vivo. Patrick Viveret (2002) ha propuesto el concepto de 'capitalismo informacional' para definir la transformación cualitativa que se está produciendo.

Las diferentes definiciones de la globalización ponen de relieve que es un proceso social multidimensional que presenta varios aspectos (Schoonmaker, S., 2007: 17). Sin embargo, el aspecto económico es el más acentuado:

Sea como fuere, en el análisis de la bibliografía especializada que se abordará, una y otra significan la integración gradual de las economías y las sociedades impulsada por tecnologías recientes, las nuevas relaciones económicas y las líneas de actuación



nacionales e internacionales de un amplio abanico de agentes formado, entre otros, por los gobiernos y organismos internacionales, las empresas, los trabajadores y la sociedad civil (Gunter, B. y R. Van der Hoeven, 2004:7; Dominelli, L., 2010).

Adicionalmente, es posible afirmar que la globalización es más extensa que la simple integración económica, el desarrollo del comercio, la ampliación del capital financiero o los intercambios económicos: representa un ataque al corazón de las sociedades, es decir, a la cultura. Asimismo, la globalización significa el uso dominante del inglés, la lengua franca contemporánea. A este respecto, vale mencionar que el hecho de utilizar una lengua para comunicarse entre diferentes culturas es una ventaja con precedentes en la historia, como el uso del latín o del griego en la antigüedad. La novedad en la globalización es que el uso del inglés es sinónimo de americanización y de la adopción del consumo de productos culturales de los Estados Unidos (EU): literatura, libros, películas, programas de televisión, noticias internacionales, estructura del internet y especialmente la música (Deepak, A., 2011:783; Ng, G. y T. Sim, 2006: 1). La exportación de productos culturales norteamericanos es un factor de 'desempoderamiento' cultural; significa la dominación cultural de los EU sobre los otros países (Lyons, K., 2006: 368). Lo más importante es que el inglés no es solo un medio de comunicación, sino esencialmente un medio para imponer valores, influir en la política, incluso imponer un punto de vista extranjero sobre la política interna. En este proceso, paulatinamente, la cultura nacional se ve eclipsada y la creación de posibles trayectos sociales a veces se vuelve una simple imitación.

¿La globalización es buena o no para la población? El balance no es claro porque hay ventajas y desventajas. Desde una visión optimista, la globalización ha sido positiva. El desarrollo del comercio internacional ha facilitado el crecimiento económico y los pobres han aprovechado la creación de más empleos. Gracias a la tecnología, la información circula más rápidamente y puede contribuir a la emergencia de una ciudadanía global (Deepak, A., 2011: 781). Gracias a la información, no solo es posible atenuar sino solucionar problemas como la guerra: los gobiernos pueden comunicarse directamente, transferir informaciones precisas y prevenir conflictos graves (Gawor, L., 2008: 127). Algunos pretenden que la globalización promoverá una mejor comprensión y mayor cooperación internacional y relaciones multilaterales para organizaciones como la Organización de las Naciones Unidas (ONU) (Midgley, J., 2006: 13). La circulación de la información también puede facilitar el acceso a la educación gracias a la informática que permite la enseñanza a distancia. Además, los descubrimientos científicos pueden contribuir a la solución del gran problema del hombre: el hambre.



No todos comparten este optimismo. Por una parte, es verdad que la globalización ha estimulado el crecimiento económico mundial, pero muchas veces fue a costa de la destrucción del medio natural y de desastres ecológicos. Por otra parte, este crecimiento ha sido en detrimento de los países pobres con recursos naturales que anteriormente no podían explotar y cuyo actual aprovechamiento es factor clave para su crecimiento económico, muchas veces vinculado a empresas monopolistas del extranjero. El crecimiento global ha destruido pequeñas y medianas empresas (PME) que no pudieron afrontar la competencia de compañías internacionales (Gawor, L., 2008: 188). Además, las desigualdades han aumentado internamente en los países más y menos desarrollados.

A fin de cuentas, ¿los países han aprovechado el crecimiento favorecido por la globalización? Esto depende: hubo un incremento económico que aparentemente fue aprovechado por los países ricos. En cuanto a los países en desarrollo, les ha faltado la capacidad nacional para la absorción de las nuevas tecnologías y el desarrollo de la calificación de la fuerza de trabajo (Lee, E. y M. Vivarelli, 2006: 192).

Es cierto que la mayoría de los países en desarrollo ha registrado una disminución considerable de su población que vive por debajo del umbral de la pobreza, entre ellos los que se “globalizan” rápidamente como China, India y Vietnam (Lee, E. y M. Vivarelli, 2006: 196).

No obstante, su crecimiento económico acelerado no ha permitido mejorar la condición de sus habitantes. De hecho, con la globalización estos países son más pobres. En el caso de China, si comparamos el periodo que va de 1980 hasta 1999, la pobreza pasó de 40.5 a 43.8 por ciento (Queiro-Tajalli, I., 2012: 394). En este aspecto, se requieren estudios de cada país para conocer los verdaderos efectos de la globalización, sobre todo después de la crisis económica de la segunda mitad del 2000, que contribuyó a aumentar la pobreza.

Ahora bien, es imposible negar que la globalización existe, por lo bueno y lo malo, y que las sociedades han tenido que adaptarse a ella. Es difícil hoy imaginar un mundo “desglobalizado” (Martínez, D. y M. Vega, 2001: 13). Desde este punto de partida, varias orientaciones políticas son posibles. Una es la de promover la globalización como el único modelo. “Solo él [el modelo de la globalización] posibilita el progreso, cualquiera que sea el país, cualquiera que sea la sociedad, cualquiera que sea el momento histórico que consideremos” (Martínez, D. y M. Vega, 2001: 13). Esta perspectiva es similar a la de los “sacerdotes” que imponen el dogma como pensamiento único. De aquí que se haya provocado el nacimiento del



movimiento antiglobalización, que evidenciaba la globalización *in se* y cuyos miembros fueron muy activos en las cumbres internacionales, entre otras: Praga (2000), Davos (2001), Génova (2010) y Varsovia (2004). La protesta se orientó contra el “turbocapitalismo” (Luttwak, citado en Gawor, L., 2008: 228), considerando a la globalización como una amenaza para la cultura, la ecología, la espiritualidad y la economía.

El movimiento de antiglobalización ha evolucionado hacia una posición de altermundialización. No basta oponerse a la globalización *per se*: se tienen que combatir, asimismo, sus aspectos crueles e injustos en su versión neoliberal desprovista de sensibilidad y de interés por el bien común. De ahí la necesidad de edificar una coalición contra los excesos de la globalización porque amenazan a la democracia. La oposición a la globalización tiene que construir una “globalización desde abajo” (Kahn, R. y D. Kellner, 2007: 672). La globalización ha creado posibilidades pero los beneficios están mal repartidos. La crítica no apunta a parar la globalización, sino a instalar un modelo de globalización más humano. De cierta manera esta posición es similar a la de: “otro mundo es posible”, como abanderaba el leitmotiv del foro social de Porto Alegre (2002), además de requerir una acción más local, enraizada en las preocupaciones de la gente. Como sugieren Richard Kahn y Douglas Kellner (2007), el movimiento alterglobalista tiene que ser sensible al cambio y de naturaleza crítica para evitar el dogmatismo o la ideología. Como alternativa ante el descontrol de la globalización en su versión neoliberal, Daniel Martínez y María Luz Vega Ruiz (2001) han sugerido una opción gobernada.

Aquí se debe enfatizar que la globalización es un proceso social y económico, incluso si el capitalismo la ha utilizado para reforzarse; y que aquélla no es una ley natural. Es importante no deificar a la globalización: como todo proceso social, es propensa al cambio y a la modificación, así como a lo imprevisible.

El neoliberalismo

El Estado de Bienestar fue atacado por su opuesto, el neoliberalismo. En esta situación, es posible admitir que el Estado de Bienestar era un proceso maduro y por esta razón vulnerable al neoliberalismo, no solamente por causas externas, sino también internas. Con el paso del tiempo, otros problemas aparecieron. Por ejemplo, se creó una inmensa burocracia especializada y profesionalizada, ineficaz al decir de muchos gobiernos y de ciudadanos. Además, los servicios se centralizaron, sin respeto a las necesidades locales o regionales. Asimismo, aquéllos se ofrecían verticalmente, con pocas oportunidades para la retroalimentación. El envejecimiento del discurso político socialdemócrata fue otro problema, además



del costo de un sistema donde las erogaciones superan a los beneficios. Así también hubo cambios sociales y nuevas demandas que el Estado de Bienestar no pudo satisfacer, tales como los valores sociales, de autonomía, igualdad de sexos y defensa del medio ambiente (Martínez, D. y M. Vega, 2001: 41).

En breve: dado que el Estado de Bienestar no había cumplido su promesa, debía cambiar, según la opinión de algunos académicos. En una crítica al Estado de Bienestar, Anthony Giddens mencionó:

Es esencialmente no democrático y depende efectivamente de una distribución vertical de prestaciones. Su fuerza motriz es la protección o la atención, pero no da suficiente espacio a la libertad personal. Algunas formas de institucionalización del bienestar son burocráticas, alienantes e ineficientes (1998: 134).

Estas fueron las razones por las cuales argumentos neoliberales se presentaron como una alternativa: incluso, era comprensible el punto de vista de los jóvenes, quienes asumían al mercado como una idea nueva.

La reaparición de la ideología liberal fue un cambio fundamental en la evolución reciente de las sociedades. Hasta los ochenta, desde el fin de la Segunda Guerra de 1939-1945, los Estados intentaban mantener un equilibrio entre el mercado y el Estado, lo privado y lo público (Ferguson, J., 2009: 172). Gracias a las reformas sociales, los Estados pretendieron controlar las desigualdades en las condiciones de vida de los ciudadanos, especialmente en los países desarrollados, donde había gran influencia de los sindicatos obreros. Sin embargo, a partir de los años ochenta, hubo un cambio de rumbo: poco a poco, aprovechando las crisis económicas sucesivas, la derecha neoliberal consiguió tomar el poder y reorientar las políticas estatales.² Los gobiernos de Ronald Reagan en EU y Margaret Thatcher en el Reino Unido fueron los representantes más ilustres de esta nueva tendencia pero no solo ellos: desafortunadamente, también fueron imitados por otros.

El neoliberalismo es más que una reorientación de la economía: es un proyecto social y político que ha cambiado a la sociedad. Su programa contiene aspectos económicos, políticos, jurídicos y socioculturales (Jessop, B., 2013: 69). La característica principal del neoliberalismo es evidentemente el predominio del

²Durante esa época se especuló mucho sobre el Consenso de Washington, concepto acuñado por J. Williamson en 1989, que alude a 10 medidas de estabilización y ajuste económico para enfrentar la reducción de la tasa de beneficio en países del norte después de la crisis económica de los setenta, y también, como directiva impuesta por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) a los países del sur ante su deuda externa. Los gobiernos debieron instrumentar una serie de políticas de corte ortodoxo entre las que destacan: disciplina fiscal; prioridades en la aplicación del gasto público; reforma fiscal; liberalización financiera; tipo de cambio libre; liberalización del comercio; inversión extranjera directa; privatización de empresas paraestatales; y desregulación, entre otros (Guillén, H., 1994).



mercado: desde su enfoque, el sistema capitalista puede corregirse a sí mismo. En consecuencia, es necesario privatizar las actividades sociales y económicas que el Estado ejercía y remitirlas a la empresa privada. Además, requiere la flexibilidad del mercado del trabajo (Yates, J. y K. Bakker, 2014: 64) y privilegia la ausencia de regulaciones: lo menos es lo mejor, significando esencialmente la reducción del poder del Estado.

Antes del triunfo del neoliberalismo en América Latina, los Estados apoyaron el desarrollo capitalista consolidando la posición de las élites nacionales. El mercado era considerado como el medio para eliminar el subdesarrollo de los países. También se añadieron las presiones de las empresas internacionales que querían más espacio de maniobra. Así, la primera vez que se observó la aplicación cruda de la receta neoliberal en América Latina fue en Chile, después del gobierno de Salvador Allende (1970-1973), quien intentó implantar el socialismo democrático con un programa social ambicioso que inició por nacionalizar las minas. Sin embargo, Allende fue derrocado por los militares, quienes instalaron la dictadura del general Augusto Pinochet. Más tarde, el neoliberalismo fue impuesto a los chilenos con el apoyo de los EU y auxiliado por economistas neoliberales de Chicago, los llamados “Chicago Boys”, que preconizaban una terapia de choque para la economía. Esta fue la concretización de un neoliberalismo intenso y cruel (Dello Buono, R., 2010: 10-11).

En el discurso de la ciencias sociales, se lee muchas veces que el Estado de orientación neoliberal busca retirarse de la dirección de la economía e intenta estar ausente en el sector social. Se dice frecuentemente que el Estado intervencionista es relegado para convertirse en un Estado acompañante. Nada está más lejos de la realidad: el Estado neoliberal es tan activo como el Estado de Bienestar, pero ha reorientado su acción hacia las necesidades de los ricos y de las grandes empresas. No retrasa sino valoriza al sector privado, facilitando su progreso con leyes antisindicales y la deducción fiscal, además de la privatización de sectores de la economía rentables y la puesta en marcha de muchas decisiones políticas y legales que favorecen a las empresas capitalistas.

El neoliberalismo quiere transformar la acción del Estado en la sociedad: privilegia una concepción individualista del ciudadano en detrimento de una concepción comunitaria y solidaria. El tema del individuo autónomo y de su capacidad de elegir es central en este proyecto. Por una parte, el Estado neoliberal ha reforzado la “mano derecha” que respalda a los agentes de las finanzas, del comercio y de las grandes empresas (Kingfisher, C. y J. Maskovsky, 2008: 117). Por otra parte, el Estado neoliberal debilita la “mano izquierda” que protege los intereses de los más vulnerables de la sociedad —mujeres, niños, pobres—,



reduciendo los beneficios del sistema de bienestar. El Estado neoliberal ha abandonado la preocupación de proteger los ciudadanos contra los riesgos sociales para transferir la responsabilidad a los ciudadanos.

Las economías neoliberales o de influencia neoliberal tienen una jerarquía. En el centro está el corazón de esta tendencia representada por los países desarrollados, quienes disponen de tecnología, mano de obra calificada y una productividad alta; ellos requieren recursos naturales que no poseen muchas veces: petróleo y materias primas minerales, entre otros. En el límite extremo están los países de la periferia, a veces explotados por los países del corazón y caracterizados por sus formas de trabajo, que eventualmente se acerca a la esclavitud. Entre los dos se sitúa la semiperiferia, que explota a la periferia pero también es explotada por el corazón. Esta jerarquía muestra que hay diferencias entre países, que hay posibilidad de cambio y de resistencia. Por ejemplo, hay naciones que han podido aumentar sus gastos sociales, tales como Brasil e India. En consecuencia, la política neoliberal es más compleja de lo que la doctrina sugiere. No hay un tipo puro de neoliberalismo (Ferguson, J., 2009: 171).

Una promesa del neoliberalismo fue erradicar la pobreza a través del comercio. “El comercio es bueno para el crecimiento, el crecimiento es bueno para los pobres y, por consiguiente, el comercio es bueno para los pobres” (Dollar y Kraay, 2001a y 2001b, citados en Lee, E. y M. Vivarelli, 2006: 197). La lógica de este silogismo no se traduce en la realidad: más comercio a veces significa más empleos, pero frecuentemente los empleos creados son precarios. Se dice que la situación es temporal y que va a mejorar: es el precio que se debe pagar para acceder a la prosperidad. Entretanto, las condiciones laborales de los trabajadores son duras, especialmente para las mujeres, los beneficios sociales son bajos y frecuentemente inexistentes. En consecuencia, los efectos de esta política no han sido temporales sino permanentes: los pobres continúan siendo pobres y los ricos, más ricos.

Se dice también que el atraso de los países subdesarrollados es causado por la insuficiencia tecnológica. En consecuencia, se afirma que la importación de tecnología avanzada es la clave para su progreso económico. De hecho, en los años setenta, América Latina temió la dependencia tecnológica, dado que la tecnología ha jugado un rol determinante en el avance del capitalismo. El gobierno de Brasil fue un actor importante en la búsqueda de una alternativa (Schoonmaker, S., 2007: 1001). No obstante, otros países aceptaron la nueva tecnología, esperando la posibilidad de elevar los salarios de los trabajadores. La utilización de una tecnología más avanzada ha generado una productividad más alta, pero no ha creado más empleos. Además, los trabajadores ocupados en sectores de alta tecnología recibieron mejores salarios pero no fueron numerosos; así, la tecnología



ha creado más desigualdades entre los trabajadores (Orton, I., 2012: 129). De cierta manera, el resultado ha sido el favorecimiento a los países ricos que han producido más a precios más bajos.

Lo que precede muestra que el neoliberalismo no ha cumplido su promesa de crear prosperidad: al contrario, ha favorecido la desaparición de empleos porque muchos puestos de trabajo fueron eliminados. Pretendió que la reducción de los gastos del Estado y la liberación de las fuerzas del mercado traerían bienestar, no obstante fue lo contrario. Sumado a lo anterior se agrega que la globalización y el desarrollo del neoliberalismo no han sido unitarios (Kingfisher, C. y J. Maskovsky, 2008: 119): son procesos históricos y sociopolíticos que se despliegan desigualmente según los países, los continentes y el tiempo.

Las secuelas del neoliberalismo

Una secuela notable del neoliberalismo fue la inseguridad como valor; algunos proponen incluso que la ha institucionalizado (Kingfisher, C. y J. Maskovski, 2008: 117). El Estado de Bienestar pretendió proteger a los ciudadanos contra los riesgos sociales, ello significaba que las personas en sociedad tenían la responsabilidad de ayudar a sus conciudadanos a desarrollarse; a cambio, ellos podrían contribuir al desarrollo de la democracia. El neoliberalismo tiene una orientación opuesta:

el nuevo modelo económico y social y el nuevo paradigma de Estado se fundamentan en la inseguridad individual y colectiva como nuevo “valor” ético-social, en cuanto se considera que ésta obliga a las personas y colectividades a elegir “lo mejor”, y con ello, desarrollar el máximo esfuerzo para evitar elecciones erróneas (Martínez, D. y M. Vega, 2001: 10).

El acento sobre el individuo que vive en condiciones precarias debe producir como resultado la búsqueda de la excelencia, porque la inseguridad va a empujarlo a tener éxito: si cada individuo tiene éxito, la sociedad estará mejor.

Esta ideología justifica las desigualdades: si hay trabajadores que ganan bajos salarios, ellos deben esforzarse individualmente para mejorar su condición. En los países que tienen un sistema de subsidios para los ciudadanos menos favorecidos, hay una estigmatización hacia los pobres cuando no trabajan; ellos tienen que demostrar que no son “perezosos” (Orton, I., 2012: 132). Es una obsesión. Además, el sistema disminuye frecuentemente los subsidios; en Quebec, Canadá, esto afecta a la mitad de la población que se encuentra en el umbral de la pobreza. Es una tendencia histórica en el sistema de bienestar general: obtener una ayuda financiera



del gobierno es tan vergonzoso y deshonoroso, que la gente la pide como último recurso.

La misma situación se aplica a los trabajadores en general, quienes deben aceptar cualquier oferta laboral sin aprovechar los beneficios de los seguros de desempleo ya pagados; también, las relaciones de trabajo se han modificado, poniendo trabas graduales a la sindicalización, además de impulsar lo que Karl Marx llamó 'el ejército industrial de reserva': una categoría de trabajadores que se integran con dificultad al empleo. Hace muchos años, Robert Castel hablaba de supernumerarios (1994) y ahora, de precariado (2007).

El precariado afecta a personas jóvenes y de edad avanzada por igual, a los que cambian frecuentemente de trabajo por sentirse inseguros en su categoría profesional, a aquellos que poseen poca seguridad laboral o trabajos insignificantes, y aquellos que no tienen seguridad de ingresos, [...] son trabajadores a menudo frustrados porque los puestos de trabajo no se ajustan a sus habilidades y calificaciones (Orton, I., 2012: 129).

Se les llama también excluidos. Viven al margen del mercado del trabajo, pero sirven de contrapeso y advertencia para los trabajadores regulares: si ellos no están satisfechos con su salario, hay muchos que solo demandan trabajo. La situación de las mujeres y el trabajo infantil son dos temas preocupantes. Muchas veces, las mujeres aceptan bajos salarios en puestos de trabajo donde hay violencia y hostilidad, en situaciones donde son víctimas de la relajación de las normas de trabajo (Gunter, B. y R. Van der Hoeven, 2004: 27). En el caso de los niños, algunos están incorporados en el empleo regular, incluso si no tienen la capacidad física para hacerlo.

El Estado neoliberal ha transformado la estructura fiscal del gobierno. El Estado de Bienestar organizó un sistema de impuestos donde los más favorecidos pagaban más por servicios y los subsidios se destinaban a los más vulnerables de la sociedad. El discurso neoliberal propuso la reducción de la carga fiscal a las empresas, incluso a las más ricas, y también para los ciudadanos con altos ingresos: se consideró que si pagaban menos impuestos, crearían más empleos. Se justificó así la necesidad de crear la riqueza antes de distribuirla, tal y como pretendían los británicos que apoyaron la Tercera Vía (Giddens, A., 1998). En Canadá, la fiscalidad fue transformada. A principio de los años setenta, 70 por ciento del ingreso del gobierno central provenía de las empresas, en tanto que en el presupuesto de 2013, la proporción fue invertida: 70 por ciento del ingreso emanaba de los ciudadanos, principalmente de la clase media, y 30 por ciento, de las empresas. Además hay muchas empresas que pagan menos impuestos, ellas evaden al fisco



y se esconden en “paraísos fiscales”. Los Estados neoliberales no desconocen esta situación pero “se hacen de la vista gorda”. ¿Cuál es el resultado de estas condiciones? Los Estados tienen menos recursos y acciones de bienestar. Por consiguiente, con la orientación neoliberal, los Estados han tenido que reducir sus gastos en el sector social, justificando una disciplina presupuestaria (Antonio, R., 2013: 23). Esta actitud rígida ha afectado no solo al sistema de bienestar, sino a todas las actividades del Estado (Hong, P., P. Young y H. Song, 2010: 661).

Como el objetivo es liberalizar el comercio, ha sido prioritario disminuir las barreras arancelarias (Gunter, B. y R. Van der Hoeven, 2004: 11). Estas acciones han sido practicadas en los países subdesarrollados que poseen recursos naturales, pero que no han tenido suficiente capital para aprovecharlos. Además, hay una competencia entre dichos países para atraer inversionistas, crear zonas francas exportadoras, exenciones fiscales, construcción de infraestructura costosa, a veces proporcionada por instituciones extranjeras en condiciones desventajosas, con préstamos financieros desfavorables, además de ejercer presiones para disminuir el salario de los trabajadores y aumentar las acciones antisindicales. El Estado neoliberal ha hecho mucho para atraer empresas multinacionales y asegurar sus beneficios (Gunter, B. y R. Van der Hoeven, 2004: 367).

A lo anterior se agrega como receta la reducción del tamaño de la función pública. Desde esta perspectiva, se estima que el Estado no es eficiente y debe dejar sectores productivos y de servicios a las empresas capitalistas que son consideradas el *súmmum* de la eficacia. Una consecuencia es la eliminación de la competencia económica de los Estados, dado que ellas utilizan mano de obra privada que eleva el precio de bienes y servicios.

Asimismo, la reducción de los empleados del Estado se traduce en una disminución de servicios sociales y de salud, deteriorando las condiciones de bienestar. De ahí que los problemas sociales sean más grandes que antes y por el hecho de que el Estado se halla sin suficientes recursos financieros disponibles, tiene que limitar su acción para enfrentar los impactos de la política neoliberal (Keller, 2005, citado en Lyngstad, R., 2008: 74).

Por consiguiente, es posible afirmar que el balance del neoliberalismo es deficitario y que las desigualdades sociales han aumentado: en su discurso de 2014 sobre la situación de los EU, el presidente Barack Obama deploró que las ganancias fueran enormes, pero que los salarios no se hayan elevado. La movilidad social ascendente está estancada y las desigualdades son más profundas que antes (Obama, B., 2014). Pero, además, el medio ambiente se ha deteriorado. Individuos y familias han tenido que soportar cambios que no ha podido revertir. Ante esta situación, es difícil argumentar que el neoliberalismo fue un gran éxito.



La resistencia a la globalización neoliberal

El neoliberalismo ha casi destruido el sueño de alternativas concretas que el socialismo sugirió —o aquellas propuestas por un capitalismo más “suave”—. La política neoliberal ha mitigado la esperanza de cambiar la situación. Gracias al programa de propaganda orquestado por las grandes empresas y gobiernos, no solo el neoliberalismo se presenta como la única organización social y económica posible, sino que ha hecho difícil la aplicación de una alternativa. A partir de 2008, con la crisis financiera de los EU causada por una especulación excesiva, algunos pensaron que era la muerte del neoliberalismo y el fin de la desregulación. No fue el caso: los ciudadanos de los EU y de otros países afectados por esta catástrofe pagaron el precio, la legislación fue cambiada levemente, pero no en sustancia, y los ricos no fueron castigados. Así persistió el juego en el cual pocos son los ganadores.

En este marco, la resistencia debe tener en cuenta la fuerza de la propaganda que favorece el *statu quo* y que se expresa en las cadenas de televisión, especialmente las extranjeras. La cadena CNN y otros medios de comunicación masiva promueven la ideología del norte; se manipula a la opinión pública; se imponen lenguajes, costumbres, prácticas, gustos; además de desacreditar alternativas políticas y legitimar la represión de organizaciones populares (Dello Buono, R., 2010: 22). Hace muchos años, Noam Chomsky et al. (2008) demostraron que los medios de comunicación masiva servían no solo para difundir información, sino especialmente para producir o “manufacturar” el consentimiento. Es el rol principal de periódicos, estaciones de televisión y radio. Esta influencia no es todopoderosa, pero tiene una gran influencia (Dello Buono, R., 2010: 17). Al mismo tiempo, la cultura y la creación cultural son formas de resistencia: es una inercia que resiste la invasión de valores y costumbres que vienen de fuera y opone resistencia a la homogeneización (Boli, J. y F. Lechner, 2009: 335).

Se concede que los movimientos sociales fueron a veces lentos en su reacción a la implementación del neoliberalismo; fue el caso de algunos países de América Latina y de América del Norte (Dello Buono, R., 2010:11). El resultado de la crisis financiera de 2008 fue la creación del movimiento Indignados en países hispanohablantes, y Occupy en los anglosajones. A pesar de ello, incluso si hubo una gran participación social, no se pudo proponer una alternativa concreta ni ofrecer una oposición sólida. Hasta ahora, el neoliberalismo no ha afrontado una oposición consistente (Antonio, R., 2013: 19). Además, tenemos que recordar que el neoliberalismo fue muy astuto en la desarticulación de las organizaciones obreras y campesinas (Dello Buono, R., 2010: 11). Muchos sindicatos obreros fueron



quebrados por la transformación del mercado del trabajo y la reestructuración económica; otros fueron debilitados por los gobiernos nacionales. En el caso de Canadá, las empresas pueden invertir en campañas electorales y apoyar partidos políticos que las favorecen, mientras que el poder de los sindicatos es limitado (Thériault, N., 2014: G1).

Si bien la ideología y las prácticas generales del neoliberalismo son conocidas, no resulta lo mismo en cuanto a las diversas formas de neoliberalismo y la especificidad de su aplicación en cada país. Por consiguiente, las formas de resistencia pueden dar un tanto la impresión de dispersión, pero se trata de la exigencia de una estrategia diversificada y aplicada a diversas situaciones nacionales (Deepak, A., 2012: 785). Las fuerzas de oposición deben ser variadas, modificar su estilo, adaptarse a nuevas situaciones sociales y a veces improvisadas, adaptar su mensaje según las circunstancias. Su definición es amplia e incluye la protesta organizada, el boicoteo y la desobediencia civil. También puede referir al análisis crítico de la situación social y política, y la construcción de nociones para comprender la sociedad (Wade, 1997, citado en Deepak, A., 2011: 784). Esta definición es extensa e indica que el proceso de politización tiene muchas modalidades, desde las más visibles a las más personales.

La resistencia al neoliberalismo puede ahora beneficiarse de un arma muy fuerte: el internet. Este avance tecnológico fue útil para el avance del capitalismo, pero también ha sido manejado por muchos movimientos sociales en el planeta. Tiene inmensas ventajas y lo más importante es su rapidez. Ahora es posible hacer campaña mundial por los derechos de los trabajadores como aquella contra la compañía Nike, o también la cruzada contra McDonald (Kahn, R. y D. Kellner, 2007: 666-667). Además, el internet ha sido útil para transmitir información por la radio: en América Latina, el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) ofreció programas de estudios con una perspectiva crítica (Dello Buono, R., 2010: 18). Estaciones de radio controladas por las comunidades han podido transmitir gracias al internet. La comunicación es instantánea y directa: es posible ahora reunir a un público amplio a través del mundo. En este nuevo escenario, las luchas políticas contra la globalización neoliberal han apelado al uso de nueva tecnología y del internet. Es la era de la 'tecnopolítica' (Kahn, R. y D. Kellner, 2007: 666), que se ha convertido en un comportamiento de cuestionamiento cotidiano, como lo fueron la televisión o la radio hace decenios.

El internet tiene su reverso. Con frecuencia, el trabajo del activista en el internet es una actividad individual, solitaria, con pocos contactos personales, a veces anónimo y *en vivo*. Algunos pretenden que es "la política del perezoso" (Fenton, N., 2008: 52). Muchos se sienten satisfechos con la impresión de que clicar es



suficiente. Empero, el internet no es tan eficaz como se pretende. La construcción de la solidaridad requiere tiempo mientras que internet actúa a corto plazo, rápidamente pero sin profundidad: no produce la concientización ni la politización (Fenton, N., 2008: 53). Hay un vínculo temporal e instantáneo pero no durable. Desde otro enfoque, el uso del internet puede desanimar la solidaridad concreta, porque la solidaridad requiere más que el contacto por internet: la valentía es física, como decía Michel Foucault (citado en Veyne, P., 2004: 162). Así, el uso del internet es ambiguo: reúne pero también divide (West, D. y D. Heath, 2011: 213). Además, el carácter virtual de los intercambios hace que la probabilidad de un punto de vista similar en estas redes sea alta. Asimismo, como sucede, no hay discusión para equilibrar las opiniones, existe el peligro de la polarización o exclusión de puntos de vista contrarios, e incluso la posibilidad de posiciones extremas. En este sentido, la democracia puede estar amenazada por la técnica que fragmenta el debate (Fenton, N., 2008: 46).

De aquí que el internet refleje el mundo individualista donde se vive. Asimismo, el internet no ha atenuado la desigualdad tecnológica entre las naciones: al contrario, puede haber ampliado la fractura social. Es verdad que gracias al internet, la distancia no ha impedido la comunicación; sin embargo, requiere de la electricidad para su funcionamiento. No todos los habitantes del planeta pueden beneficiarse de la comunicación informática: se ha estimado que la cuarta parte de la población mundial no tiene acceso a la electricidad. Por consiguiente, el acceso al internet es el privilegio de una minoría (Fenton, N., 2008: 45-47). Los activistas del norte deben recordar que pocos tienen acceso a la tecnología avanzada y están en desventaja.

Se han suscitado grandes protestas: esto significa que la fuerza de la persuasión y represión no pueden suprimir la aspiración al cambio. En Francia, por ejemplo, se publican muchos libros que diagnostican el retorno político de demandas específicas de países como una oposición a la globalización (Rioux, C., 2014: A3). Después de muchos años de acuerdos de libre mercado, Francia pidió que los productos culturales fueran excluidos, argumentando que una película no es lo mismo que un zapato; es lo que se ha llamado la 'excepción cultural' (Doncel, L. y M. Mora, 2013).

Desde hace poco, con la elección de gobiernos democráticos en América Latina, se ha propuesto el concepto de 'posneoliberalismo'. Pragmáticamente, es la reorientación de una economía de mercado hacia una combinación más comprometida por preocupaciones sociales, necesidades de las personas y la promoción de la participación ciudadana (Yates, J. y K. Bakker, 2014: 64). Ocasionalmente se habla de 'neoliberalismo inclusivo', como en México, donde algunas políticas sociales se han insertado en la lógica neoliberal. El neoliberalismo



conserva sus características habituales y en el discurso oficial se difunden modificaciones que son contrarias. De ahí, resulta un neoliberalismo “abigarrado” (Yates, J. y K. Bakker, 2014: 77) que no se traduce en una ruptura, sino en una maniobra. Se trata de un discurso y solo un discurso.

No se debe exagerar la orientación del concepto de posneoliberalismo en América Latina. Por el momento, la transformación social, política y económica no es universal y hay variantes entre los países. Su manifestación es diferente: por ejemplo, Bolivia ha seguido una política internacional de alianza contra el neoliberalismo, exteriorizada también por un nacionalismo protector de recursos naturales que se ha traducido en la nacionalización o en un control más estrecho del Estado. Además, el posneoliberalismo está asociado al fortalecimiento de lo local: municipalidades, organizaciones comunitarias o colectivas. No sabemos cuál será el futuro de este movimiento; sin embargo, describe una transición posible hacia un mundo más justo.

La contribución del trabajo social

¿Cuál es la contribución del trabajo social a la resistencia contra el neoliberalismo? En los países desarrollados, las condiciones laborales de los trabajadores sociales no han mejorado porque los Estados neoliberales han aplicado a los servicios sociales los métodos del sector privado. En muchos países desarrollados, las trabajadoras sociales están desmoralizadas y se sienten frustradas por la discrepancia entre las aspiraciones al principio de su carrera y la cruda realidad actual (Ferguson, I. y M. Lavalette, 2006: 309). En Quebec, Canadá, el sector público ha sido tentado a aplicar el método LEAN de Toyota —“enflequecer”—, cuyo objetivo es producir más con menos empleados. Por primera vez, en 1988, el informe de la Comisión de Investigación sobre los Servicios de Salud y de Servicios Sociales destacó el estado de desmoralización de los empleados quebecuenses (Commission d'enquête sur les services de santé et les services sociaux, 1988). Un estudio realizado en Glasgow, Escocia, demostró también los niveles extremos de desmoralización en otros países (Ferguson I. y M. Lavalette, 2006: 309).

El término de ‘trabajo social internacional’ no es nuevo en la disciplina. En 1928, 3 mil delegados se reunieron en París para realizar el Primer Congreso de Trabajo Social, en donde fue fundada la Asociación Internacional de Escuelas de Trabajo Social (Kendall, K., 2001: x). La noción de trabajo social internacional apareció en ese momento: en 1924, designaba una agencia dedicada al cuidado de refugiados (Lyons, K., 1999: 39). Más tarde, en 1943, el concepto refirió a la práctica de los trabajadores en las organizaciones internacionales (Friedlander,



1955, citado en Hokenstad, M., S. Khinduka y J. Midgley, 1992: 4). En consecuencia, hasta los años sesenta, el trabajo social internacional aludió a la acción de organizaciones internacionales como la ONU y la Cruz Roja. En el periodo de la Segunda Guerra (1939-1945), la revista *Le service social dans le monde* fue publicada en francés, en tanto que la revista *Internacional Social Work*, la más importante en la profesión, se remonta a enero de 1959. Con la globalización se dio un formidable impulso a la práctica y a la teoría del trabajo social internacional: las publicaciones y los experimentos se multiplicaron. A pesar de no existir consenso en la definición del concepto, esta noción representa por el momento la práctica profesional internacional; incluye elementos como la defensa de derechos humanos, los intercambios, la práctica nacional con aspectos internacionales y las políticas de desarrollo (Healy, L., 2001: 7).

En el mundo globalizado, el trabajo social requiere modificar su concepción del entorno. En la práctica tradicional del trabajo social, se consideraba a la persona en el contexto próximo y local. Es una posición correcta que se debe recordar y mantener: la modificación del entorno es suficiente muchas veces para atenuar los problemas que enfrenta el trabajo social. Sin embargo, es importante comprender que muchos problemas locales tienen un origen internacional. En estas condiciones, conceptualizar la solución de problemas sociales para un ajuste de la persona a su entorno, significa tener en cuenta el papel de actores a veces muy lejanos, pero que son responsables del problema local (Alphonse, M., G. Pumina y K. Moffatt, 2008: 153-154). Lo local sufre el impacto de redes internacionales muy fuertes que son responsables de problemas que parecen locales.

El trabajo social es una disciplina, y una profesión también, que los países industrializados han desarrollado para solucionar problemas causados por el capitalismo: las políticas sociales fueron aplicadas para corregir los daños de tal desarrollo. De hecho, en estos países el trabajo social fue eficaz. Sin embargo, cuando hablamos de trabajo social internacional, ¿significa que los métodos de trabajo social son universales? En los países del norte hay menos seguridad social que antes, y en estas circunstancias son muchos los que estiman que el trabajo social del norte no es pertinente para los países del sur; que el trabajo social del sur tiene diferentes valores y debería influenciarse de las prácticas y los valores del norte; otros opinan que estos países deben crear su propia disciplina de trabajo social (Payne, M. y G. Askeland, 2008: 4). Esta sensibilidad “hacia el Otro” ha orientado la nueva definición del trabajo social global, pero también una mayor preocupación por la diversidad social y cultural:

La definición propuesta intenta detener e invertir el proceso mediante el reconocimiento



de que los pueblos indígenas en cada región, país o zona abordan sus valores, formas de crear y transmitir sus conocimientos, y han hecho valiosas contribuciones a la ciencia (Federación Internacional de Trabajadores Sociales, 2012).

Esta nueva definición más amplia reemplaza la adoptada en el año 2000, pero no ha obtenido el consenso, especialmente en países de América Latina, donde se ha decidido continuar el debate hasta que una nueva definición sea aceptada.

De lo anterior aparecieron dos conceptos que traducen el efecto de la globalización sobre el trabajo social. El primero es el de 'indigenización': significa que las prácticas importadas tienen que estar adaptadas a la situación local o nacional —la nueva definición de trabajo social afirma que se debe detener el colonialismo científico—. El segundo es el de 'autenticación': la creación de un modelo de trabajo social derivado de las características económicas, culturales, sociales y políticas de un país particular (Walton y El Nasr, 1988, citado en Hugman, R., 2010: 79; véase también a Payne, M. y G. Askeland, 2008: 5). Estos conceptos muestran el reconocimiento de la pertinencia de estas ideas y prácticas (Payne, M. y G. Askeland, 2008: 5). El cambio de actitud que traduce la nueva definición global de trabajo social indica una tendencia más igualitaria para culturas diferentes. En las tres Américas se aplica especialmente a los autóctonos, los aborígenes o los miembros de las 'Primeras Naciones', según la designación. Estos conceptos aceptan no solamente el reconocimiento de la diferencia cultural, sino también de su lucha contra el colonialismo y la homogeneización que la globalización neoliberal intenta imponer (Fenelon, J. y T. Hall, 2008:1868; Dominelli, L., 2010: 608). Además, el concepto de indigenización no se aplica solamente a los autóctonos, sino también a los asiáticos que presentan los mismos reclamos. Estos países manifiestan que no todos tienen la misma concepción del individuo, de las necesidades y de los derechos. También tienen otra concepción de la relación entre géneros, de la espiritualidad y de la separación de la política y de la religión, de la acción política y del cambio social (Brydon, K., 2011: 159).

Un trabajador social occidental que actúa en estas sociedades deberá cambiar sus concepciones del comportamiento individual. En la concepción occidental, la justicia está asociada al conflicto; en sociedades marcadas por clases sociales, la justicia se logra por la lucha política, violenta o pacífica, de intereses opuestos. Sin embargo, esta no es la única manera de obtenerla: otras sociedades han privilegiado la discusión que aspira a la armonía. Muchas sociedades autóctonas privilegian la decisión por consenso que incluye a toda la comunidad (Fenelon, J. y T. Hall, 2008: 1886). En aquéllas el proceso de empoderamiento individual no tiene la misma importancia que en una sociedad individualista. Lo que se ha llamado capital



social se traduce por *Ubuntu* en algunas sociedades africanas: sus características son cuidar para otros, dignidad, confianza e interdependencia. Es un equilibrio entre un respeto de los derechos para otros y la profunda fidelidad a la colectividad (Lyngstad, R., 2008: 413). Estas sociedades reconcilian a los que consideramos contrarios. La formación occidental en trabajo social pone el acento sobre el individuo, mientras que en África el punto central está en la comunidad (Mwansa, L., 2012: 367). Se trata de una concepción diferente.

Otro ejemplo: en principio, todos están contra la explotación de los niños y del trabajo infantil. Las sociedades industriales han adoptado una legislación para eliminar esta costumbre. En África, por ejemplo, sabemos que el trabajo infantil existe y hay programas para estimular a los padres a enviar a sus niños a la escuela en lugar de la mina. A los ojos de muchos esto es una catástrofe: en la realidad, ¿qué se puede decir a un padre que trabaja duramente por un salario muy bajo y cuyo hijo puede ayudarlo a ganar un poco más? Si su hijo va a la escuela, representará un gasto para la familia; incluso, si termina sus estudios, no podrá encontrar un trabajo donde utilizar sus conocimientos. En esta situación, ¿cuál es la ventaja de enviarlo a la escuela? ¿Niños “salvados” por campañas para combatir violaciones a los derechos humanos? Desde el punto de vista occidental, es importante rescatarlos porque, de otra manera, terminarán en la prostitución o casi en la esclavitud. Se pueden multiplicar estos ejemplos donde los buenos sentimientos y una mala estimación de la realidad empeoran la situación (Deepak, A., 2011: 780).

En otro orden de ideas, se acepta que el trabajo social está muy influido por el idioma inglés y especialmente por el de los EU. Unos pretenden que la homogeneización es exagerada, ello a pesar de que muchas lenguas están desapareciendo con un ritmo preocupante. En esta situación hay también una resistencia cultural fuerte (Scholte, J., 2008: 1496-1497). Muchos pretenden que el uso del inglés es una forma de colonización dulce y sutil. En este sentido, es importante señalar que la comunicación informática no promueve la diversificación cultural, sino más bien la uniformización. Por ejemplo, la revista *International Social Work* dejó de publicar artículos escritos en español y francés hacia 1980 (Healy, L. y R. Thomas, 2007: 592).

Se ha aceptado que las necesidades locales requieren soluciones locales (Lyons, K., 2006: 365), tomando en cuenta los efectos de la globalización. Desde esta óptica, los trabajadores de países subdesarrollados actuarán con problemas vinculados a la pobreza estructural y las desigualdades que resultan directamente de la globalización. Los de países desarrollados pondrán el acento en el paro laboral, debido a la transformación del mercado del empleo, de la inmigración y de



los refugiados (Hong P., P. Young y H. Song, 2010: 665). En los dos contextos, se requiere un enfoque comunitario y una reorientación de la formación en trabajo social:

Con vistas a dar respuesta a las nuevas expectativas hacia la profesión, parecería oportuno aumentar al menos el contenido de las teorías del cambio social, del análisis estructural de la pobreza y sus causas, y de modelos alternativos de política social (Gaitán, L., 2001: 30).

En fin, si se tienen en cuenta estas disparidades, es claro que la concepción, la teorización y la práctica del trabajo social serán radicalmente diferentes entre los países.

La necesaria solidaridad

No obstante que la sociedad influida por el neoliberalismo es más individualista, la solidaridad sigue siendo muy importante. De aquí la pertinencia de la cuestión: ¿cómo se vive la solidaridad en una sociedad individualista? Emile Durkheim distinguió la solidaridad mecánica propia de las sociedades tradicionales de tamaño pequeño, donde los miembros comparten una historia común, oponiéndola a la solidaridad orgánica propia de sociedades industrializadas más grandes y más complejas, donde los miembros son diferentes y complementarios (Paugam, S., 2007: 379). Tradicionalmente, la familia ha integrado a sus miembros, pero en la sociedad industrial individualista, donde la movilidad territorial es la regla, la familia pierde paulatinamente este papel. Además, el vecindario ya no tiene el mismo valor que antes: la mayoría de las veces, no conocemos a nuestros vecinos. El trabajo no puede tampoco lograr esta integración. Sin embargo, ¿cuál es la situación actual en una sociedad donde tendencialmente estos medios de socialización tradicionales no son suficientes para reagrupar a sus miembros? Muchos deploran el debilitamiento de la solidaridad como fue conocida: ahora se vive en sociedades más individualistas, donde el compromiso es electivo y más temporal, especialmente en el universo virtual.

Muchos ciudadanos viven en sociedades “minimalistas”: sociedades heterogéneas, fragmentadas, con identidad colectiva, que no son el resultado de experiencias vividas conjuntamente. Ellas son mínimamente integradoras e integradas por valores abstractos que sus miembros comparten (Honneth, 2007, citado para Juul, S., 2010: 259). En una sociedad pluralista y caracterizada por el individualismo, se requiere una concepción amplia de la solidaridad. Se acepta empero que no puede provenir de convenciones e intereses comunes que no



existen, o de relaciones afectivas que eran la característica de la sociedad tradicional (Dean, 1995, citado en Juul, S., 2010: 255), y propone una solidaridad reflexiva que reconoce la interdependencia y las diferencias de los miembros de la sociedad. La solidaridad es la base de la democracia: se deben reconocer los valores, sentimientos y solidaridad con otros (Stevenson, N., 2014: 191). El lazo social es la solidaridad en acción; no hay trabajo social sin lazo social.

¿Qué es el lazo social? Significa el deseo de vivir juntos, la voluntad de relacionar a los individuos dispersos y la ambición por promover una cohesión más sólida de la sociedad (Paugam, S., 2008: 4). También es posible aceptar que los cambios en el lazo social no implican que este haya desaparecido. Serge Paugam propone una tipología funcional (Chateauneuf-Maclès, A., 2012): en primer lugar, el lazo de filiación derivado de la consanguinidad; después, el de la participación orgánica que resulta del trabajo o la profesión. Otros tipos son pertinentes para la práctica del trabajo social. Uno de ellos es el de participación electiva, donde el individuo se contacta con vecinos, comunidades locales, organizaciones deportivas, religiosas, etcétera. Aquí el individuo es autónomo y puede o no participar. También está el lazo ciudadano, donde las personas participan en la vida de su nación.

Por consiguiente y de manera paradójica, el Estado de Bienestar, que ofrecía la posibilidad de proporcionar la protección y el reconocimiento (Chateauneuf-Maclès, A., 2012: 63), ha favorecido la independencia de la persona de sus lazos tradicionales y aumentado su posibilidad de participar en múltiples reagrupamientos donde podía desarrollar su personalidad. De ahí que el ciudadano dependiente del apoyo del Estado se insertara en un lazo social transformado y debilitado. Cuando el Estado neoliberal empezó a reducir las políticas sociales y los beneficios para los ciudadanos, los desprotegió del ámbito social próximo. No significa que la familia no pudiera ayudar a sus miembros, sobre todo en tiempos de crisis, pero no disponía de los medios. Por consiguiente, la crisis del lazo social deriva de la crisis del Estado de Bienestar. Los dos procesos no son directamente proporcionales, pero son sin duda estrechos.

Los gobiernos neoliberales dejan como herencia una situación difícil de enderezar: incluso cuando son remplazados por un gobierno más preocupado por la justicia social, se tiene la dificultad para volver a la situación anterior, al *statu quo ante*. El problema es que el Estado neoliberal ha roto el lazo social que el Estado de Bienestar había intentado construir. Antes, un problema social requería una solución social y el Estado debía hacer algo; desde la mirada neoliberal, un problema social es la responsabilidad del individuo. Lo ha sustituido por una orientación más individualista que da predominancia a los derechos individuales. Por consiguiente, la noción ética de reparto de la riqueza fue atenuada.



Ahora bien, el lazo social apela a la solidaridad. Desde este punto de vista, la práctica del empoderamiento es importante para la promoción del lazo social. Aquí, la disciplina de trabajo social está en su terreno. Comprender a las personas en su entorno, actuar en las manifestaciones individuales de un problema social, estimular las fuerzas del cambio social, son algunos de los objetivos de esta disciplina. El trabajo social es activo en los microsistemas, pero no debe limitar su acción a los aspectos individuales porque caería en la trampa del neoliberalismo. El objetivo del lazo social es el cambio social, el reparto de la riqueza, del poder, la justicia. Desde este enfoque, el trabajo social de caso puede ser pertinente. En muchas situaciones, en Quebec, la primera tarea del trabajador social es recrear el lazo social, esto a pesar del reconocimiento de que la pobreza no ayuda: los pobres están relegados al margen de la sociedad, a veces invisibles y tan presentes. En un poema escrito por un joven pobre sobre el muro de un conjunto habitacional para personas de bajos ingresos (HLM), aquél describía su situación como “la soledad invisible”.

Conclusión

La globalización parece lejana pero sus efectos son cercanos. Por ejemplo, Walmart u otras cadenas pueden ofrecer precios muy bajos porque contratan empresas en países extranjeros donde los trabajadores son explotados. Se admite que muchas empresas en múltiples ocasiones destruyen el ámbito natural y ponen en peligro la salud de la población. Las consecuencias ecológicas son catastróficas y constituyen un peligro para todo el planeta. Desde hace algunos años apareció el concepto de ‘justicia ambiental’, que en 2010 fue adoptado en los Principios de la Declaración de Cancún (Albisu, L., 2010). El Foro Global por la Vida y la Justicia Ambiental y Social reunió a 300 organizaciones campesinas e indígenas de 76 países para intercambiar ideas sobre el ambiente como un derecho de la justicia ambiental. Incluso si este concepto es nuevo y no se define aún fácilmente, traduce la necesidad de entender al medio ambiente como una responsabilidad global, exigiendo que su destrucción requiere compensación (Arriaga, A. y M. Pardo, 2009).

Los problemas de la pobreza y la desigualdad no son nuevos y en la actualidad se han agudizado. Ante esta situación se propone la acción democrática que busque un cambio en el rol del Estado. El fenómeno es social y macroeconómico. Sin embargo, la posible solución está en la actuación en pequeña escala. De ahí la pertinencia de la promoción del lazo social desde abajo, aunque esto no es fácil dados la pluralidad social y el individualismo. En América Latina, por ejemplo, todavía la familia, los grupos religiosos y otros son importantes y ellos pueden constituir las



bases para la solidaridad. Es todavía factible creer en el poder de la solidaridad: gran parte el mundo se ha construido con o contra ella.

En este marco, se puede agregar que las crisis, sobre todo las económicas, son momentos coyunturales propicios, pues durante ellas se exacerbaban condiciones negativas para los trabajadores. En el momento actual, los cambios económicos —aumentos en las tasas de interés en los EU, por ejemplo— han afectado sensiblemente a economías vinculadas a este país. Ello ha redundado en problemas con los tipos de cambio de las monedas y procesos inflacionarios; es precisamente en estos periodos cuando la sensibilidad de los ciudadanos es más perceptiva a los problemas de la globalización y el neoliberalismo. Es, justo en estos momentos, cuando el trabajo social coordinado tiene un papel preponderante en la acción concertada, el reforzamiento de la acción civil comunitaria, la promoción de las redes y el capital social. Asimismo, es preciso consolidar el rol de la formación y la sensibilización de los nuevos trabajadores sociales. De la misma manera, los profesionales en activo deben incidir en la problemática a través de la investigación, la asesoría a gobiernos y la evaluación de sus programas de bienestar. Se trata de acciones críticas.

¿La globalización es favorable al trabajo social? Por una parte, gracias al desarrollo de la comunicación informática es posible conocer mucho acerca de los problemas sociales en el mundo. Ahora es posible organizar campañas en pro de la defensa de los derechos de los trabajadores. También se ofrecen más oportunidades de cooperación internacional y de promoción de la paz.



Bibliografía

Albisu, Luis F. (2010). "Clausura Evo Morales Global por la Vida y la Justicia Ambiental y Social". Disponible en: <http://temas.sld.cu/saludydesastres/2010/12/11/clausura-evo-morales-foro-de-organizaciones-de-via-campesina-2/> (Consultado el 30 de abril 2014.)

Alphonse, Mary, George Pumina y Ken Moffatt. (2008). "Redefining Social Work Standards in the Context of Globalization: Lessons from India", *International Social Work*, vol. 51, núm. 2, pp. 145-158.

Antonio, Robert J. (2013). "Plundering the Commons: The Growth Imperative in Neoliberal Times", *The Sociological Review*, vol. 61, núm. S2, pp. 18-42.

Arriaga Lagarda, Alicia y Mercedes Pardo Buendía. (2011). "Justicia ambiental. El estado de la cuestión", *Revista internacional de sociología*, vol. 69, núm. 3, septiembre-diciembre, pp. 627-648.

Boli, John y Frank J. Lechner. (2009). "Resisting Globalization", *The Globalization Reader*, Maldern, Mass, Blackwell.

Brydon, Kerry. (2012). "Promoting Diversity or Confirming Hegemony? In Search of New Insights for Social Work", *International Social Work*, vol. 55, núm. 2, pp. 155-167.

Castel, Robert. (1994). "La précarité: transformations historiques et traitement social", en Marc-Henry Soulet, *De la non-intégration: essais de définition théorique d'un problème social contemporain*, Friburgo, Éditions universitaires de Fribourg, pp. 11-25.

Castel, Robert. (2007). "Au-delà du salariat ou en deçà de l'emploi: l'institutionnalisation du précarité", en Serge Paugam, *Repenser la solidarité*, Paris, Presses universitaires de France, pp. 415-433.

Chateauneuf-Malclès, Anne. (2012). *Le lien social: entretien avec Serge Paugam*, 6 juillet.

Disponible en: <http://ses.ens-lyon.fr/le-lien-social-entretien-avec-serge-paugam-158136.kjsp>

(Consultado el 1 de mayo de 2014.)

Chomsky, Noam, Edward S. Herman, Benoît Eugene y Frédéric Cotton. (2008). *La fabrication du consentement: de la propagande en démocratie*, Marseille, Agone.



Commission d'enquête sur les services de santé et les services sociaux, 1988, *Rapport*, Québec, Publications du Québec.

Deepak, Anne C. (2011). "Globalization, Power and Resistance: Postcolonial and Transnational Feminist Perspectives for Social Work Practice", *International Social Work*, vol. 55, núm. 6, pp. 779-793.

Dello Buono, Richard Alan. (2010). "Latin America and the Collapsing Ideological Support of Neoliberalism", *Critical Sociology*, vol. 37, núm. 1, pp. 9-25.

Desroches, Henri. (1990). *Entreprendre d'apprendre*, Paris, Les Éditions Ouvrières.

Dominelli, Lena. (2010). "Globalization, Contemporary Challenges and Social Work Practice", *International Social Work*, vol. 53, núm. 5, pp. 599-612.

Doncel, Luis y Miguel Mora. (2013). "Francia es la excepción... cultural", *El País*. Disponible en: http://cultura.elpais.com/cultura/2013/06/13/actualidad/1371152677_704964.html (Consultado el 25 de abril de 2014.)

Federación Internacional de Trabajadores Sociales. (2012). *Propuesta de Definición Global del Trabajo Social*. Disponible en: <http://ifsw.org/propuesta-de-definicion-global-del-trabajo-social/>. (Consultado el 29 de abril de 2014.)

Fenelon, James V. y Thomas D. Hall. (2008). "Revitalization and Indigeneous Resistance to Globalization and Neoliberalism", *American Behavioral Scientist*, vol. 51, núm. 12, agosto, pp. 1867-1901.

Fenton, Norman. (2008). "Mediating Solidarity", *Global Media and Communication*, vol. 4, núm. 1, pp. 37-57.

Ferguson, James. (2009). "The Uses of Neoliberalism", *Antipode*, vol. 41, núm. S1, pp.166-184.

Ferguson, Iain y Michael Lavalette. (2006). "Globalization and Global Justice. Towards a Social Work of Resistance", *International Social Work*, vol. 49, núm. 3, pp. 309-318.

Fukuyama, Francis. (1992). *The End of History and the Last Man*, Nueva York, Avon Books.

Gaitán Muñoz, Lourdes, 2001, "Nuevos ámbitos para la intervención social", en Joan Pallarés-Gómez, Xavier Pelegri Vianya y Joan Amezaga Solé, *Yacimientos profesionales para el trabajo social*, Zaragoza, Mira, pp. 17-31.

Gawor, Leswek. (2008). "Globalization and its Alternatives: Antiglobalism,



Alterglobalism and the Idea of Sustainable Development”, *Sustainable Development*, núm. 16, pp. 126-134.

Giddens, Anthony. (1998). *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*, Madrid, Taurus.

Guillén, Héctor. (1994). “El neoliberalismo en América Latina”, *Investigación Económica*, núm. 209, julio-septiembre, pp. 107-144.

Gunter, Bernhard G. y Rolph Van Der Hoeven. (2004). “La cara social de la globalización, según la bibliografía especializada”, *Revista Internacional del Trabajo*, vol. 123, núms. 1-2, pp.7-47.

Healy, Lynne M. (2001). *International Social Work. Professional Action in an Interdependent World*, Nueva York, Oxford University Press.

Healy, Lynne M. y Rebecca L. Thomas. (2007). “International Social Work: A Retrospective in the 50th Year”, *International Social Work*, vol. 50, núm. 5, pp. 581-596.

Hokenstad, Merl C., Shantik K. Khinduka y James Midgley. (1992). “The World of International Social Work”, *Profiles of International Social Work*, Washington, DC, National Association of Social Workers, pp. 1-11.

Hong, Philip, P. Young y Han Song. (2010). “Globalization of Social Work Practice: Global and Local Responses to Globalization”, *International Social Work*, vol. 53, núm. 5, pp. 656-670.

Hugman, Richard. (2010). *Understanding International Social Work. A Critical Analysis*, Houndmills, Palgrave-Macmillan.

Jessop, Bob. (2013). “Putting Neoliberalism in its Time and Place: a Response to the Debate”, *Social Anthropology/Anthropologie Sociale*, vol. 21, núm. 1, pp. 65-74.

Juul, Soren. (2010). “Solidarity and Social Cohesion in Late Modernity: A Question of Recognition, Justice and Judgment in Situation”, *European Journal of Social Theory*, vol. 13, núm. 2, pp. 253-269.

Kahn, Richard y Douglas Kellner. (2007). “Resisting Globalization”, en George Ritzer, *The Blackwell Companion to Globalization*, Blackwell, pp. 662-674.

Kendall, Kathleen A. (2001). “Foreword”, en Lynne M. Healy, *International Social Work*, Nueva York, Oxford University Press, pp. ix-xii.



Kingfisher, Catherine y Jeff Maskovsky, 2008, "Introduction: The Limits of Neoliberalism", *Critique of Anthropology*, vol. 28, núm. 2, pp. 115-126.

Lee, Eddy y Marco Vivarelli. (2006). "Impacto social de la globalización en los países en desarrollo", *Revista Internacional de Trabajo*, vol. 126, núm. 3, pp. 187-206.

Levitt, Theodore. (1983). "The Globalization of Markets", *Harvard Business Review*, vol. 6, núm. 3, pp. 92-102.

Lyons, Karen Hamilton (2006). "Globalization and Social Work: International and Local Implications", *British Journal of Social Work*, vol. 36, pp. 365-380.

Lyons, Karen Hamilton. (1999). *International Social Work: Themes and Perspectives*, Aldershot, Ashgate.

Lyngstad, Rolv. (2008). "The Welfare State in the Wake of Globalization: The Case of Norway", *International Social Work*, vol. 51, núm. 1, pp. 69-81.

Liotard, Jean-François. (1979). *La condition postmoderne: rapport sur le savoir*, París, Minuit.

Mwansa, Lengwe-Katembula. (2012). "Social Work in Africa", en Lynne M. Healy y Rosemary J. Link (comps.), *Handbook of International Social Work*, Nueva York, Oxford University Press, pp. 365-371.

Midgley, James. (2006). "International Social Work, Globalization and the Challenge of Unipolar World", *Journal of Sociology & Social Welfare*, vol. XXXIII, núm. 4, diciembre, pp. 11-17.

Martínez, Daniel y María Luz Vega Ruiz, 2001, *La globalización gobernada. Estado, sociedad y mercado en el siglo XXI*, Madrid, Tecnos.

Ng, Guat-Tin y Timothy Sim. (2006). "Globalization, Indigenization, and Authentization in Social Work", *Asian Pacific Journal of Social Work and Development*, vol. 16, núm. 1, junio, pp. 1-5. Obama, Barack Hussein, 2014, *President Barack Obama's State of the Union Address*. Disponible en :<http://www.whitehouse.gov/the-press-office/2014/01/28/president-barack-obamas-state-union-address> (Consultado el 28 de abril de 2014.)

Orton, Ian. (2012). "Reseñas", *Revista Internacional de Seguridad Social*, vol. 65, núm. 1, pp. 129-133.

Payne, Malcolm y Gurid Aga Askeland. (2008). *Globalization and International Social Work: Postmodern Change and Challenge*, Hampshire, Ashgate.



[34]

Paugam, Serge. (2008). *Le lien social*, París, Presses Universitaires de France,

Paugam, Serge. (2007). "La solidarité organique à l'épreuve de l'intensification du travail et de l'instabilité de l'emploi", en Serge Paugam, *Repenser la solidarité*, París, Presses universitaires de France, pp. 379-395.

Queiro-Tajalli, Irene. (2012). "Social Work in Latin America", en Lynne M. Healy y Rosemary J. Link (comps.), *Handbook of International Social Work*, Nueva York, Oxford University Press, pp. 393-399.

Rioux, Christian. (2014). "Le vieux clocher", *Le Devoir*, 11 abril, A-3.

Robertson, Roland. (1992). *Globalization: Social Theory and Global Culture*, Londres, Sage.

Scholte, Jan Aart. (2008). "Defining Globalisation", *The World Economy*, pp.1471-1502.

Schoonmaker, Sara. (2007). "Globalization from Below: Free Software and Alternatives to Neoliberalism", *Development and Change*, vol. 38, núm. 6, pp. 999-1020.

Stevenson, Nick. (2014). "The Socialist Blues? Citizenship, Class and Civil Society", *The Sociological Review*, vol. 62, pp. 189-205.

Thériault, Normand. (2014). "Les temps changent", *Le Devoir*, 1 de mayo, G1.

Veyne, Paul. (2004). "Conclusion générale", en Chartier, Roger y Didier Eribon, *Foucault aujourd'hui*, París, l'Harmattan, pp.155-163.

Viveret, Patrick. (2002). *Capitalisme informationnel et émergence d'une société civique planétaire*.

West, Deborah y David Heath. (2011). "Theoretical Pathways to the Future: Globalization, ICT and Social Work Theory", *Journal of Social Work*, vol. 11, núm. 2, pp. 209-221.

Yates, Julian S. y Karen Bakker. (2014). "Debating the 'Post-neoliberal Turn' in Latin America", *Progress in Human Geography*, vol. 38, núm. 1, pp. 62-90.